

Presentación

El orden de los términos seleccionados para titular este número —*Seducción, persuasión, manipulación*— parece sugerir un movimiento que va de lo incluido a lo incluyente. La seducción puede concebirse como el resultado de un hacer persuasivo y, a su vez, la persuasión, mostrarse como un hacer manipulador. Sin embargo, el *Diccionario* de Semiótica de Greimas y Courtés, tanto en el primero como en el segundo volumen, no parece corroborar este orden jerárquico: mientras no reserva una entrada para “seducción”, se aplica con relativo detenimiento a exponer el concepto de “manipulación”, uno de cuyos constituyentes se designa como “hacer persuasivo”. El *Diccionario* comienza definiendo la *manipulación* como “una acción del hombre sobre otros hombres” y diferenciándola de la *operación*, que caracterizaría a la “acción del hombre sobre las cosas”. Esta manera de definir y diferenciar, que más bien parece una concesión a las presiones del sentido común (ni “hombre” ni “cosas” son términos que pueden convivir sin dificultad con los del metalenguaje semiótico), es corregida en la misma entrada. En efecto, un poco más adelante (en el tomo 1) se hablará de la manipulación como una “configuración discursiva”, así como en lugar de “hombre” aparecerá el “sujeto” —sujeto manipulador— o también el “destinador” de la manipulación. Igualmente resulta interesante destacar que en estas definiciones el manipulador aparece en general en una relación de superioridad —social, mental o jerárquica— con respecto al manipulado, si bien hacia el fi-

nal se alude a la posibilidad de una manipulación ejercida no ya por el “sujeto” sino por el “antisujeto” quien, mediante una “estrategia de la astucia” podría desarrollar, por ejemplo, operaciones de “recuperación” o de “infiltración”. En este caso, desde luego, la habitual relación manipulador-manipulado quedaría invertida.

Hemos empezado refiriéndonos a estas consideraciones porque los artículos reunidos en este volumen ofrecen una visión, si se quiere, más compleja y matizada de los tres términos que definen su universo temático, lo cual bien podría ser visto como un desarrollo de aquellas propuestas iniciales cuyos alcances y cuyo poder de sugestión nadie podría desestimar.

Acaso “Retórica del desagravio” sea una oportuna muestra de una situación discursiva que tales propuestas entrevieron. En este trabajo, Elena Altuna se ocupa de analizar las estrategias argumentativas contenidas en dos memoriales redactados por Buenaventura de Salinas y Córdoba, un franciscano formado en las cortes virreinales del Perú del siglo XVII y dirigidos al Rey de España para atraer la atención, antes que sobre su propio caso, sobre el de los criollos y aun el de los indígenas peruanos. El memorial es un discurso elaborado por alguien que, desde una situación de dependencia e incluso de debilidad, solicita la reparación de un daño o la solución de una carencia difícil de sobrellevar. Es, entonces, aquel precioso documento a cuya capacidad persuasiva un sujeto agraviado o carente se confía. Pero en el tipo de memoriales como los evocados en este artículo, la autora pone además el acento sobre una penuria suplementaria: a alguien que, desde un virreinato de ultramar demanda atención sobre su persona le es imposible ignorar que su destinatario, el monarca, está lejos, y que él, el demandante, está siempre borrándose del horizonte que abarca la mirada regia y, peor aun, desplazándose a las zonas oscuras de la memoria no sólo del monarca sino también de los miembros de su corte. Así, el que redacta estos memoriales sabe que debe argumentar también, y quizá por encima de todo, contra las fatalidades del olvido.

Por su parte, en “El canto de las sirenas y las voces del recuerdo”, Guillermina Casasco —siguiendo a H. Parret— corrobora que mientras los procesos de seducción nos ponen ante una presencia “indecisa”, la manipulación nos instala ante una presencia “decidida”. La seducción tiene que ver con la mirada que cae sobre un cuerpo, que cae y resbala hacia un espacio marginal en el que no prosperan argumentos ni racionalizaciones. Aquí se trata del desvío, de un continuo deslizamiento hacia los bordes. Para ilustrar esta puesta “al margen” desde la cual se percibe la huidiza inmediatez del cuerpo, Casasco recurre a un breve texto de Silvia Molloy en el que una niña deja en suspenso sus tareas escolares mientras oye con irrenunciable fruición cómo, en el cuarto de costura del que la separa una pared, su madre y su tía se demoran nombrando las telas con que trabajan y el detalle de los vestidos —tipos de manga, estilos del ajuste o la caída— que aproximan y velan los cuerpos para los que están destinados. La seducción se vincula a esa secreta escucha de los nombres mediante los cuales el cuerpo, fragmentado y desplazado, insiste como deseo.

Tal suerte de atracción-desvío cobra un interés inesperado en “La intertextualidad amorosa”. En este artículo Victor Ivanovici comienza por evocar la lectura de dos libros de Harold Bloom —*Canon occidental* y *La angustia de influencia*— dedicados a estudiar la atracción y el rechazo que en los poetas, sobre todo en los “poetas poderosos”, provocan otros grandes escritores que forjaron la tradición literaria a la que éstos pertenecen. Esa conflictiva relación —de competencia, de asimilación, de usurpación, de agresividad defensiva— da lugar a una intertextualidad que se constituye como pasión bélica. A esta visión diseñada por Bloom se contraponen la tranquila utopía de Mihai Spăriosu quien propone pensar la influencia no en su aspecto de confrontación sino de acercamiento lúdico y aun erótico. Adhiriéndose a esta propuesta, Victor Ivanovici imagina estrategias de encuentro en las que el poeta que recoja un legado textual lo haga siguiendo una vía en la que se reúnan los roles del seducido

y el seductor. Para ilustrar esta “intertextualidad amorosa” recurrir a la sabiduría erotizada con la que el gran escritor de la modernidad griega Odysseas Elytis administró la gravitación que tuvo sobre él la poesía de su antecesor Andreas Calvos. ¿Calvos ha seducido a Elytis o es éste el seductor de aquél?

Pero “La manipulación del tiempo” nos conduce a otro espacio de reflexiones y experiencias discursivas, un espacio que podríamos describir como original en el doble sentido de específico y de primario. En este artículo, Verónica Estay Stange —haciéndose cargo de que el término *manipulación* evoca en su origen la actividad transformadora de la *mano*— se preguntará si el tiempo, o más bien nuestra configuración de la temporalidad, no es en el fondo el resultado de una experiencia sensible en la que el cuerpo deja su huella. Uno de los sentidos de la antigua palabra española *manteniente* —“sin cesar”— pervive en la actual palabra francesa *maintenant* —ahora— la cual sugiere que el *ahora* es lo que la mano está-teniendo o, dicho de otro modo, el ahora es un puñado o un manojo (*manipulus*) de tiempo. Este *ahora* puede ser percibido como una experiencia de la duración o de la instantaneidad: un tiempo que se endurece o bien se desvanece (como ocurre cuando la mano trata de retener un puñado de aire o de agua) o bien se ablanda —es decir: se deforma— convirtiéndose en tiempo *manido*. En el cruce, pues, de la fenomenología con la semiótica Verónica Estay Stange analiza las formas de la duración y, en ellas, la actividad de la mano entendida como sinécdoque del cuerpo. El acto manual de medir y conformar el tiempo es, visto el fenómeno en una perspectiva complementaria, el acto por el cual el sujeto se mide, y conforma, en el tiempo.

Con su artículo titulado: “Ilusión, seducción y persuasión”, Javier Luna extiende el campo semántico abierto por la temática del presente número de nuestra revista, y a la vez elige una suerte de desvío. Dado que es en realidad la *ilusión* aquello que ocupa el centro de interés de este trabajo —pero la *ilusión* implícita y a veces explícitamente asociada a la *seducción* y a la *persua-*

sión— rápidamente se podría pensar que aquélla mantiene una relación isotópica con éstas. Sin embargo, en la medida en que la ilusión, apegada aquí a la etimología, se define como “aparición” inconsistente o “juego engañoso” (*illudere*) el artículo sigue una deriva que en cierto modo lo aparta de los otros trabajos, pues la ilusión no se instala en el espíritu de un sujeto paciente como consecuencia del hacer de un sujeto agente sino de maneras más difusas de cuyas formas de operación se ocupan diferentes disciplinas. No hay, entonces, o no hay necesariamente, una relación de *ilusionador* a *ilusionado* —como sí lo habría de *seductor* a *seducido*— sino que el hacedor de la ilusión puede ser el propio ilusionado pero, sobre todo, una ideología —o dicho más extensamente—, una cultura productora de estos juegos del engaño. De hecho, el artículo de Javier Luna se dedica a revisar cómo el término “ilusión” se incorpora al discurso de un abanico de disciplinas más o menos afines —la semiótica tensiva, la semiótica cognitiva, la hermenéutica, la psicología social, la filosofía— así como al discurso de la experiencia o, mejor dicho, a los lugares comunes que resultan de las prácticas cotidianas. En todos los casos, la ilusión se originaría en el deseo de un sujeto descentrado en busca de aquellos medios que de manera más inmediata se presenten a su conciencia como dotados de la posibilidad de satisfacer su atonía o su carencia.

Si en el trabajo de Javier Luna la *ilusión* muestra el efecto de una fantasmaticación que interrumpe o desvía de lo *real* como un accidente que puede ser reversible —puesto que el sujeto está también sometido a la experiencia de la des-ilusión— el artículo elaborado por Amalia Carrique nos pone frente a un proceso de fantasmaticación radical y sin retorno puesto que dicho proceso es propio de las relaciones humanas. Tomando como base las modernas prácticas del encuentro interpersonal, y más especialmente las particularidades del “chateo”, en “El ciberamor y sus estrategias”, esta autora analiza la fantasmaticación —o virtualización— de las relaciones humanas a la que las tecnologías de la comunicación destinan a sus usuarios. En la práctica

del “chateo” el cuerpo del otro desaparece, su identidad se hace incierta, engañosa o travestida y lo que se tiene de él es lo que trae la pantalla que reúne y separa, una pantalla en la que la escritura se vuelve oralidad y aun gestualidad rudimentaria, entrecortada. ¿Quién es, pues, el otro, la otra, ése que en una suerte de “esperanto informático” se dirige —torpe, aventurado o inhibido— a mí sin saber quién soy? ¿Cómo ensayamos, uno y otro, estrategias de seducción o de manipulación sin destino preciso? Esta situación de escamoteo de la presencia “real”, si bien exacerbada por las modernas formas de socialización no son, según razona Carrique, sino resultado de un continuo proceso de espectralización cuyo origen se remonta a la institución misma del lenguaje en el interior del cual se constituye el sujeto. La *logosfera* primero y la *grafosfera* después, constituyen esferas de semiotización y, en tanto tales, espacios de virtualización que continuarán desarrollándose a medida que la cultura incorpore otras formas del intercambio de signos. La propuesta de Amalia Carrique no deja de entrañar una suerte de paradoja del ocultamiento de aquello que idealmente se trataría de desocultar: la verdadera presencia del otro hacia el cual me dirijo o por quien soy interpelado. Lo *real* es algo que comenzó a desaparecer del horizonte del sujeto en el momento mismo en que se constituyó como tal mediante el lenguaje. Desde esa situación primaria las distintas tecnologías de la comunicación no han hecho sino desarrollar un proceso de espectralización que, actualmente, en las pantallas de las computadoras con las que convivimos, alcanza una dimensión, diríase, paroxística.

En “Tres regímenes de sentido y de interacción”, Eric Landowski retoma y corrige algunas propuestas que están en la base de la semiótica y que aquí nos interesa destacar. Ante la reflexión de Greimas según la cual estaríamos “condenados al sentido”, Landowski se pregunta: ¿cómo estaríamos condenados a aquello que nos salva? Según su reflexión, la paradoja se corrige si en aquella afirmación leemos que a lo que estamos condenados es a “construir” el sentido, esto es, “al trabajo de la semiosis”, pues

ese trabajo es la condición para vivir como sujeto entre sujetos. Esta construcción se hace bajo ciertos regímenes que —en lo que hace a nuestro modo de sentirnos *en* el mundo— se mueven para evitar lo demasiado vacío del hastío y lo demasiado pleno del dolor, y —en lo que hace a la relación *con* el mundo y *con* el otro— para desarrollar principios de programación y estrategia con el fin de regular nuestras interacciones. Landowski prefiere pensar en términos de “programación” lo que el citado *Diccionario* de Semiótica designaba como “operación” (actuar sobre las cosas) y como “estrategia” lo que el Diccionario llamaba “manipulación” (actuar sobre los hombres) sin duda porque la operación requiere de una programación y la manipulación es el resultado de un juego de estrategias. En lo que hace a los regímenes de sentido, inspirándose —una vez más— en el Greimas de *De la imperfección*, Landowski piensa en los extremos de la monotonía (una sociedad donde los individuos renuncian a todo riesgo en busca de una seguridad que nunca se realiza totalmente pero amenaza todo el tiempo con llevar a los hombres a vivir en el extremo de la *insignificancia*) y del sobresalto de aquel que quiere vivir en la continua intensidad de la aventura siempre a la espera de un deslumbramiento que significaría la experiencia de un sentido pleno al que, en definitiva, sólo podría accederse de manera fugaz. Entre estos dos extremos, Landowski propone un régimen de “ajuste” en el cual el sentido se iría construyendo de acuerdo a la experiencia de un “riesgo aceptado”. A estos tres regímenes de sentido corresponderían tres tipos de interacción basados, respectivamente, en la programación, la manipulación y el ajuste. En el primer caso tendríamos conductas mecánicas que, más que en la vida, están ejemplificadas en una cierta literatura tradicional donde el actor que tiene el papel de rey no quiere ni sabe ni puede hacer otra cosa que reinar, y si es un cierto gendarme no hará otra cosa que encolerizarse en cuanto vea aparecer a Polichinela el cual siempre le dirá lo que ya se sabe que le dirá. Este conjunto de actuaciones programadas constituyen una verdadera tecnología social. En un segundo régimen estarían las

relaciones asimétricas en el que uno trata de “manipular” (esto es, hacer-hacer, hacer-querer, hacer-crear, etc.) al otro, lo cual de cualquier modo supone que, si bien objeto de manipulación —o destinatario de un discurso persuasivo—, el otro es un sujeto cuyos comportamientos son motivados y por lo tanto eventualmente será necesario emprender una negociación con él. Se trataría de un régimen político. Finalmente en el régimen de ajuste, la interacción de un sujeto y otro no tiene como principio la producción o el intercambio de simulacros sino básicamente, el *contacto*: es, en efecto, la capacidad de *sentirse* recíprocamente lo que hace que los interactuantes pasen de una competencia modal a una competencia que, gustosamente, Eric Landowski designa como “estésica”. Esta forma de interacción nos introduce al terreno de lo sensible porque es sintiéndose el uno al otro —y no ya obedeciendo a una programación o a una decisión manipulatoria— como van decidiendo sobre la marcha las conductas que se adoptarán.

Si Eric Landowski, situado en la semiótica, sugiere complejas y variadas posibilidades de interacción y con ello deja implícito que se trata de variadas prácticas discursivas, Viviana Cárdenas, ubicando su punto de mira en la pragmática, pasará revista a las principales respuestas que esta disciplina ha elaborado para responder a la pregunta acerca de los propósitos que tenemos y del grado de conciencia que podemos alcanzar cuando proferimos enunciados para producir un determinado efecto en nuestro interlocutor. Con una decisión de claridad que da a su artículo un eficaz componente didáctico, la autora de “Hablar y calcular: (im)posibilidades”, expone las diversas posiciones que adoptaron y los aportes que hicieron aquellos autores que formaron escuela en esta materia, al mismo tiempo que, recurriendo a la ejemplificación de diversos eventos comunicativos, muestra cómo un enunciado —que puede incluso ser construido reemplazando la verbalización por indicaciones corporales— adquiere su sentido y produce su efecto en la medida en que es resultado de un cálculo que combina factores como la situación, el ma-

nejo de códigos comunes, el interés de cooperación y la capacidad de interpretación por parte del otro, etc. Si bien las estrategias usadas en la seducción, la persuasión o la manipulación pueden ser explicadas desde distintas disciplinas, la lectura de un artículo como éste tiende a convencernos de que, en tanto tales estrategias están destinadas a producir *efectos transformadores* en la conducta de los hablantes, quizá la pragmática sea la que está en mejores condiciones para describirlas; y que ofrece, además, referentes que un interesado en estudiar estos temas desde una perspectiva semiótica puede abordar con provecho. El *hablante*, aquí, es una persona actuando en situaciones específicas. Y esta actuación consiste en la elaboración de enunciados que, recurriendo a lo que podríamos llamar una “retórica de uso”, interpreta el hacer comunicativo como una continua negociación con el otro. El enunciado, así, nunca está construido de antemano sino que se va formando, o transformando, de acuerdo a un cálculo —consciente o no, racional o no— que trata de ser una interpretación y una adaptación a los vaivenes de la situación comunicativa. Es claro, entonces, que en esta construcción —que es una verdadera manipulación del discurso— intervienen tanto el destinador como el destinatario. Y que en esa continua negociación, en tanto supone una continua transformación, radica tanto la posibilidad como la imposibilidad de un cálculo que asegure el logro del efecto deseado. La autorreflexividad, la conciencia —clara o difusa— de la necesidad de apelar a estrategias, así como el sentimiento de estar atravesando una prueba, no aseguran el control y por lo tanto tampoco el éxito: la evolución de una situación comunicativa nunca está exenta de discontinuidades o de *lapsus* que el hablante tratará de corregir con mayor o menor fortuna. Agregaríamos, por lo tanto, que la perspectiva de análisis que este artículo propone implica la descripción de —para usar la fórmula de Landowski— el *riesgo aceptado*, esto es, la descripción de ese grado variable de incertidumbre cuya manipulación por parte de los hablantes es un presupuesto de la comunicación.

Los artículos que integran este volumen son, como el lector podrá verlo, un despliegue de formas de aproximación al universo temático que nos hemos propuesto abordar. Sólo queda esperar que ese despliegue esté en condiciones de ser acogido no como una dispersión sino como una integración de enfoques. Sin embargo, como ha quedado dicho, dado que el lector —que es por ahora una imagen o una pura virtualidad, pero una virtualidad actuante— ha intervenido y seguirá interviniendo en la construcción de este número de *Tópicos del Seminario* con sus propias estrategias, debemos aceptar que los efectos de sentido aquí previstos son algo que se puede calcular pero de ningún modo garantizar.

Raúl Dorra